

La postmodernidad: el rostro ambiguo de un concepto de moda

JOSÉ MORALEDA RODRÍGUEZ

Vivimos con la impresión de que el ciclo plurisecular de la modernidad occidental se acaba. Nos situamos entre dos mundos, perplejos por cambios profundos, protagonistas de una crisis histórica, que, como todas las crisis, es crisis cultural, de creencias, de inestabilidad personal y social. Los postulados básicos de la modernidad han perdido vigencia para la nueva sensibilidad cultural, y del agotamiento de modelos anteriores surgen vagos perfiles de un novedoso futuro. Con frecuencia, a esta nueva situación, se le llama postmodernidad. Un calificativo poco original y preciso para establecer el contrapunto a la agotada modernidad.

Algunas precisiones terminológicas

La indagación sobre la postmodernidad es un asunto cultural tan relevante que en pocas ocasiones históricas ha surgido un debate interdisciplinar de tanta repercusión internacional como el suscitado alrededor de este término de moda. Por ello hay que afirmar desde el comienzo que la postmodernidad puede ser considerada como una categoría estilística, pero también como un movimiento cultural de amplia difusión con rasgos propios que definen este final de siglo.

El último volumen del *Estudio sobre la Historia* de Toynbee presenta la postmodernidad como la fase última en la que entra el mundo

occidental en los años finales del siglo XIX, una etapa anárquica, alejada de la modernidad que provocó cambios sociales y desembocó en las guerras mundiales y en las revoluciones.

Con mayor concreción se utilizó el término *postmodernidad* como etiqueta estética en el modernismo tardío de los años cincuenta, en Estados Unidos, para referirse a los estilos arquitectónicos, la crítica literaria, las artes plásticas y el diseño. La introducción en las ciencias humanas y sociales fue más tardía. A partir de los años ochenta, de una u otra forma, todos los saberes se han visto determinados por la problemática postmoderna, tanto en sus aspectos teóricos como prácticos.

Lytotard es considerado el introductor del término *postmodernidad* en el mundo del pensamiento. Su estrategia provocadora tuvo un éxito resonante, ya que el nuevo concepto comenzó a usarse de manera generalizada. Paradójicamente considera que este término, que había tomado en préstamo de arquitectos y críticos literarios, es un *falso nombre*. Con sus propias palabras:

«Entonces me dije: 'Voy a dar la vuelta a esta palabra estratégicamente'. Todo esto introdujo mucho desorden y desconcierto en las buenas conciencias autosatisfechas. Que el nombre postmodernidad es un falso nombre resulta evidente en cuanto se tiene en cuenta que no puede significar lo que viene después de la modernidad. Porque la palabra 'moderno' significa justamente 'ahora', y después de ahora será 'ahora'. No es el final de una cosa y el principio de otra. Esto sería absurdo; yo diría que se trata de algo que ha estado siempre inscrito en la Modernidad como su melancolía...y hasta como su alegría...»¹

El término *postmodernidad* se utiliza con frecuencia para indicar que el presente histórico ha dejado atrás la *modernidad industrial*, para

¹ T. Oñate (1987) "Entrevista a F.J. Lyotard" en *Meta*, vol.1(2) p. 119.

entrar en una *etapa postindustrial*. La nueva etapa también recibe los nombres de *edad postcontemporánea*, *modernidad tardía*, *modernidad reflexiva*, y, con un uso más limitado, *neomodernidad* y *período neobarroco*. Algunos prefieren incidir más en los aspectos inestables de este período y hablan de una *época de riesgo*, *de transición*, *de ambivalencia*, *de incertidumbre* ...²

En esta situación de cambio no definido, el prefijo «post» se convierte en partícula omnipresente para bautizar todo tipo de análisis y opiniones sobre nuestro horizonte cultural. El resultado es una lista interminable de neologismos como *posthistoria*, *postmetafísica*, *postestructuralismo*, *postcristianismo*, etc. Pero no es sólo moda terminológica; hay también un debate multidisciplinar, que salta fronteras y convierte nuestro mundo en foro internacional de ideas y críticas sobre nuestra época. A este debate no son ajenas las disciplinas académicas, ni los distintos enfoques de los problemas más en boga: feminismo, ecología, pacifismo; menos aún escapan a la interpretación postmoderna los medios de comunicación, la vida cotidiana, o el tiempo de ocio. Por no faltar, tampoco faltan quienes desprecian el fenómeno o lo consideran poco relevante en el panorama cultural.

Nueva sensibilidad vital

Más útil resulta distinguir entre la *postmodernidad como movimiento cultural*, objeto de reflexión intelectual y de análisis científico y que ofrece nuevas interpretaciones del mundo y del hombre, y la *sensibili-*

² Calificativos aplicados a la postmodernidad no faltan como puede comprobarse con la siguiente lista de términos definidores de la nueva situación cultural:

apertura, *discontinuidad*, *heterodoxia*, *dispersión*, *eclecticismo*, *fragmentación*, *marginalidad*, *incredulidad*, *revuelta*, *particularismo*, *deformación*, *discriminación*, *difracción*, *ruptura*, *descreación*, *dadaísmo epistemológico*, *desintegración*, *otredad*, *deconstrucción*, *caos*, *desplazamiento*, *rizoma*.(Muñoz, 1986, 7)

dad vital postmoderna que se detecta en nuestras sociedades consumistas y que se manifiesta en individuos alejados de toda preocupación intelectual, pero que asumen unos determinados comportamientos y una forma de estar característicos. A esta *sensibilidad postmoderna* no le gustan las etiquetas, ni las clasificaciones, ni las definiciones rígidas; lo asume todo con naturalidad, aunque prefiere los valores de la apariencia, el suave hedonismo, los productos ligeros... Genera unos tipos humanos característicos que reciben nombres tan divulgados como *yuppy* (joven profesional urbano), u otros menos conocidos como *yuffy* (joven, individualista, librepensador y de élite) o los *dinks* (doble salario sin hijos), que son parejas formadas por profesionales ricos que deciden no tener hijos para dedicarse a su carrera, al dinero y a su yo. Estos tipos, como todo lo postmoderno, se ven afectados por la vertiginosa caducidad de las modas y el cansancio de una existencia centrada en la actividad y la apariencia; por eso ya se habla de *postyuppies* que abandonan la *ciudad y el éxito* para saborear una vida más reposada, y huir al campo en busca de valores ecológicos y de un trabajo independiente.

La oposición modernidad-postmodernidad

Cuando el debate postmoderno aborda la problemática filosófica, abandona su situación regional y asume una dimensión universal, en la que los planteamientos modernos son cuestionados frontalmente. Las preguntas sobre el valor de la Ilustración, las ideas de progreso, la técnica, la secularización o la historia son inevitables.

En particular, se produce una crítica radical a las insuficiencias del proceso de modernización experimentado en los últimos siglos. Los elementos que constituían el orgullo de las sociedades modernas: la organización política y social, la técnica, la economía, la industria..., se ven ahora como factores de riesgo. Los mismos *factores propulsores del cambio*, tan alabados en el pasado reciente, se ven ahora como *administradores* incapaces de controlar el proceso desatado.

Pero también la crítica de la modernidad incluye el rechazo de los modelos de hombre y de sociedad que se derivan de las creencias modernas que los ilustrados escribieron con mayúsculas: la *Razón*, la *Ciencia*, el *Progreso*, la *Historia*, la *Libertad*. Palabras que actuaron como impulsoras de una transformación radical de nuestro mundo.

La crisis del proyecto histórico de la modernidad se experimenta de diferentes maneras y admite variados análisis. El pensamiento postmoderno es multiforme y ambiguo como pocos. Como es lógico, unos interpretan la postmodernidad como la salida liberadora de una etapa que consideran opresiva. Por contra, para los defensores de la modernidad, el presente significa decadencia, el final del proyecto ilustrado moderno. Con todo, se ha insistido en que la crisis de la modernidad es excepcional. Porque afecta directamente a los cimientos del edificio de la modernidad: la razón moderna está sometida a un proceso de deslegitimación. Esto es importante porque la sociedad ilustrada puso su confianza en la razón moderna para sustituir los fundamentos míticos y religiosos. Si ahora la postmodernidad ataca la esperanza en la razón, no queda lugar para el sentido, ni para el orden racional construido. Puesto que la modernidad está viciada en su raíz, debe ser *deconstruida* o demolida. Más aún, hay que renunciar a toda fundamentación, a toda legitimación, no merece la pena intentar reconstruir aquellos fundamentos que constituían las estructuras básicas del saber. Como señala Lyotard, todo intento de unidad supondría nuevamente la pretensión de imponer un meta-relato, una meta-teoría. Hay que aceptar sin reticencias el pluralismo, las variadas formas de los juegos de lenguaje, la diferencia, y la inestabilidad constante. Se entra así en una etapa de transición, etapa de crítica desesperanzada, en la que principalmente se destacan los elementos destructores y negativos de la época precedente. De ahí que muchos tengan la impresión de vivir un momento racionalmente desordenado, de confusión y de caos.

Situados en esta perspectiva, se recogen, a continuación, brevemente presentados, algunos de los elementos teóricos más debatidos en la confrontación modernidad y postmodernidad.

La oposición a la idea moderna de totalidad

El pensamiento postmoderno se reviste de escepticismo ante los grandes mensajes, frente a las teorías generales. En la interpretación de Lyotard, la postmodernidad se aparta de la modernidad porque ya no puede utilizar su lenguaje, su discurso legitimador, ya no puede encontrar una finalidad a la historia, un proyecto emancipador. Las esperanzas y expectativas depositadas han conducido al fracaso, ya sólo queda, como antes expresaba, la melancolía y la alegría de la tarea de reescribir la historia y de expresar lo inexpressable. En efecto, la modernidad se sirvió de los grandes relatos (metadisursos) legitimadores del poder y del saber. Estos grandes relatos carecen de credibilidad en la sociedad postindustrial.

Las finalidades superiores no han desaparecido, pero se han debilitado y han dejado de ser dominantes: ya no movilizan ni entusiasman. Las convicciones de los militantes de antaño se aligeran. Los compromisos que se asumen ahora son rectificables y perecederos, porque la constancia es virtud del pasado y lo temporal se impone sobre la fidelidad.

La defensa del pluralismo, la tolerancia de la diversidad

El pluralismo, la tolerancia y la diferenciación son conquistas fundamentales de nuestra cultura. No sólo conquista de una minoría, sino realidad para todos: continuamente surgen nuevos modos de vida y las diferencias se acrecientan en las actitudes que los individuos adoptan frente a las distintas ocupaciones cotidianas, o las preferencias en el consumo, las diversiones o los valores. El interés por lo diferenciado, por lo concreto, por lo plural arrastra implicaciones sociales y políticas: es preciso acercarse lo más posible al individuo, a los pequeños grupos y a las culturas locales. No es extraño que abunden las propuestas localistas y una pluralidad de modelos no reducibles los unos a los otros. Además de esta exaltación de lo

diferente, la reivindicación de lo único, lo excéntrico, lo divergente, lo subíime.

La pérdida del sentido de la historia

La actitud posthistórica de la postmodernidad no puede creer en una verdad absoluta de la historia. Ni admite el concepto de historia universal heredado de la Ilustración como proceso unitario protagonizado por Occidente que desprecia las historias de los pueblos y comunidades pequeñas. Por otro lado, la posthistoria postmoderna anuncia el fin de la historia, e inaugura un panorama ideológico esencialmente efímero, móvil e inestable. Al perder el horizonte utópico y rechazar los grandes sistemas legitimadores, sólo queda una mezcla ingeniosa de estilos ya inventados, la fluctuación y la versatilidad de las preocupaciones más inmediatas en el tiempo y en el espacio. Los intereses particularistas prevalecen sobre las convicciones escatológicas y los ideales heroicos.

La ideología de lo nuevo

Consecuencia de lo anterior es que los grandes discursos de la razón y el sentido histórico se encuentran atrapados por la irresistible lógica de *lo nuevo*. La preocupación por el presente, la fugacidad de las modas culturales, el orden de lo superficial y lo efímero dominan las conciencias. No han desaparecido las ideologías, más bien se han sometido a la lógica presentista que sustituye inexorablemente las modas culturales de ayer por la novedad ideológica del hoy. No hay superación crítica, sino pérdida de interés por las ideas que vertiginosamente se consideran pasadas. Al igual que se cambia de residencia o de vestido se adoptan las nuevas ideas. La inestabilidad afecta a las biografías de todos, a la gente corriente y a los intelectuales, pero son los *personajes públicos*, gentes del espectáculo y clase política, los que

proporcionan abundantes ejemplos de frívola inconstancia personal o ideológica.

El arte como refugio espiritual

Una derivación de la circunstancia postmoderna es la ausencia de un modelo cultural estético. El debilitamiento de la fundamentación racional conlleva la pérdida de la unidad estética y conduce a un eclecticismo radical: si no hay ninguna razón para elegir un estilo u otro, la solución es mezclarlos, apostar por diferentes formas, diferentes tipos de códigos y significados.

Pero hay más; el hombre postmoderno, como hemos visto, no puede encontrar apoyo intelectual en la razón moderna. Está solo en un mundo inhóspito, en un mundo que ya no es hogar, por eso se retrae a su mundo individual. Algunos encuentran en el arte ese espacio espiritual acogedor que añoran. Alfredo Bryce Echenique expresa esta situación espiritual con sincera claridad:

«En la vida de nuestra civilización el arte ocupa un lugar ya soberano. Si dudamos también del arte, tal vez ésta sea nuestra duda más pequeña. Digo hoy en que ya no puede uno sentirse ni hijo de Dios, a quien anduvimos todos tan ligados, antes de ligarnos a la razón y antes de terminar ligándonos a la ciencia. Pero la ciencia terminó ligada a la explosión de Hiroshima y la razón la acompañó en irracionalidades tan monstruosas. Y si la esperanza divina pudo tener algo que ver con la esperanza humanitaria del Manifiesto comunista de 1848, todo terminó en ruinas con los procesos de Moscú y los campos de concentración. Y desde los Pensamientos de Pascal hasta El espíritu de las leyes, desde el Genio del cristianismo hasta El porvenir de la ciencia, una sola voz ha quedado que, en cada época y más que nunca en la nuestra, se alza, se rebela, se libera, para revelar al hombre que sólo le queda una cosa que puede darle una

alta idea de sí mismo, que puede ayudarle a navegar sobre las aguas tormentosas de la duda y de la nada: la creación artística que se ha negado desde siempre y para siempre a degradarse.»³

La dignificación de la moda

La exaltación del pluralismo y la preocupación por lo concreto se manifiesta en el interés creciente por los estudios parciales, por el análisis de las realidades más cercanas a los hombres. El pensamiento *débil* postmoderno no desprecia los temas más cotidianos y las perspectivas más particularistas. Por ejemplo, la moda es objeto de numerosos estudios. Tradicionalmente estos temas no merecían el interés de los intelectuales; sin embargo, la postmodernidad, muy interesada en escribir el presente con *letras minúsculas*, nos descubre nuevas perspectivas para conocer a los hombres y a las sociedades actuales. La moda expresa con claridad meridiana el carácter efímero, superficial y fragmentario que se atribuye al fenómeno postmoderno. Con todo, causa profunda extrañeza la dependiente fascinación de nuestros contemporáneos por la moda, y, sobre todo, el hecho de que en nuestras sociedades democráticas el mundo de la moda se ha elevado al nivel de arte sublime. Paralelamente la moda se ha psicologizado, y lo que nos venden diseñadores, actrices y modelos son emociones, rasgos de la personalidad y del carácter. Las revistas de moda y los medios audiovisuales han terminado por convencer a la mayoría de que la moda es expresión del alma, manifestación de la personalidad y motivo de placer narcisista.

Individualismo postmoderno

Las reflexiones anteriores nos introducen en los aspectos antropológicos de la postmodernidad. Si hubiera que elegir el rasgo más

³ "Libertad y rebeldía en la capital cultural del 92", *Blanco y Negro*, 27-12-1992.

sobresaliente del hombre postmoderno, habría que referirse inevitablemente al individualismo. Por supuesto que el individualismo siempre ha estado presente en la cultura occidental, pero a cada época corresponde una forma peculiar. En el proceso individualista que se ha vivido en nuestra cultura pueden descubrirse distintos elementos, algunos de ellos vividos como estímulos de maduración personal y de liberación, como pueden ser los deseos de autorrealización, de privacidad, de intimismo; pero también en el proceso de individualización se dan manifestaciones extremas de individualismo autodestructivo, como son el narcisismo y el enclaustramiento solipsista.

La ideología de lo nuevo, que anteriormente considerábamos, está estrechamente unida a esta reivindicación individualista postmoderna. Con razón afirma Lipovetsky:

«Cuanto más se cierran los individuos en sí mismos y más se ponen al margen, más se desarrolla el gusto y la apertura a las novedades. El valor de lo nuevo corre paralelo a la demanda de la personalidad y de la autonomía privada. El culto a las novedades estimula el sentimiento de ser una persona independiente, libre de elegir, que no se rige ya en función de una legitimidad colectiva anterior, sino a partir de la dinámica de su razón y sus sentimientos. Con el individualismo moderno, lo Nuevo encuentra su total consagración: con ocasión de cada moda, surge un sentimiento -considerémoslo así- de liberación subjetiva y de liberación respecto a las costumbres pasadas... La consagración de lo Nuevo y el individualismo moderno avanzan concertados: la novedad está en concordancia con la aspiración a la autonomía individual.»⁴

La asociación de lo nuevo con el individualismo nos lleva directamente a considerar los aspectos narcisistas de la experiencia postmoderna.

⁴ Lipovetsky, 1990, 207-208.

Precisamente sobre el narcisismo gira una abundante reflexión postmoderna. No hay duda de que se ha convertido en un concepto clave, el rasgo más propio de la individualidad contemporánea compartido tanto por hombres como por mujeres. Este *neonarcisismo mental y corporal* ha borrado muchas de las diferencias y papeles aplicados anteriormente a hombres y mujeres, y ha popularizado lo que corrientemente se llama *culto al cuerpo* con sus ingredientes asociados de obsesión por la salud, la permanente atención hacia uno mismo y el cuidado de los problemas de relación estética con las personas. En suma, el individualismo postmoderno exige una autocontemplación narcisista, a la búsqueda de la propia satisfacción y particularidad, del gozo estético y de la apariencia juvenil y despreocupada.

En la génesis del individualismo postmoderno ha intervenido de manera decisiva la cultura de masas. Primero debilitando los valores tradicionales y rigoristas, y en segundo lugar proponiendo estilos de vida basados en la realización privada, el bienestar, el ocio, la salud, la diversión, el consumo, el amor. Los mejores divulgadores de las nuevas ideas han sido los héroes de los medios audiovisuales y los ídolos deportivos. Pero la cultura de masas más que construir realidades proyecta sombras, atrofia la vida. Su obra es fantasmagórica, sólo sacraliza al individuo en la ficción, exalta la felicidad imaginaria que no se corresponde con la realidad de la existencia concreta. A lo anterior hay que añadir que las oleadas de informaciones que suministran los medios se convierten en nuevos estímulos individualistas, en *profesores* de valores nuevos:

«todo se muestra, todo se dice, pero sin juicio normativo, más como hechos que deben registrarse y comprenderse que condenarse. Los media lo exhiben casi todo y juzgan poco; contribuyen a configurar un nuevo perfil del individualismo narcisista ansioso pero tolerante, de moralidad abierta y Superego débil o fluctuante.

En numerosos terrenos, los media han logrado sustituir a la Iglesia, a la escuela, a la familia, a los partidos y a los sindicatos como ins-

tancias de socialización y de transmisión de saber. Cada vez más nos enteramos del acontecer del mundo a través de los media; son ellos los que nos procuran nuevos datos adecuados para que nos adaptemos a nuestro entorno cambiante. La socialización de los individuos en virtud de la tradición, de la religión, de la moral, va cediendo terreno a la acción de la información mediática y de las imágenes.»⁵

La presencia de la religión en la postmodernidad

Los análisis precedentes han puesto de relieve la actitud *desconfiada e incrédula* de muchos postmodernos que se niegan a los saberes definitivos, que no creen posible dar un sentido objetivo y total a la vida y la historia; y viven desencantados de la razón ilustrada, de sus mitos y de sus expectativas. Incluso, como han apuntado críticos como Habermas, esta actitud lleva a debilitar tanto la razón que ésta muere de inanición. Este agnosticismo racional desemboca fácilmente en el nihilismo; como ya vio uno de los padres del pensamiento débil y secularizador, F. Nietzsche. Con todo, la incredulidad que provoca el pensamiento moderno ilustrado no acaba necesariamente en el nihilismo; también puede dar origen a una nueva sensibilidad religiosa. En los últimos años se ha insistido mucho en el fenómeno de "la vuelta de la religión" con sus múltiples y contradictorias características. Este hecho afecta a las grandes religiones, a los individuos y a las comunidades religiosas asentadas en las sociedades secularizadas, pero también genera manifestaciones que merecen una atención cuidadosa; entre ellas cabe destacar la extensión de los Nuevos Movimientos Religiosos y el auge de la religiosidad popular.

También, aunque resulte paradójico, *hay un reconocimiento de la importancia de lo religioso por parte de personas no creyentes*. El

⁵ Lipovetsky, 1990, 256-257.

caso de Vattimo es característico. Este autor, en unas declaraciones recientes, añade aclaraciones significativas a su doctrina sobre el pensamiento débil y el nihilismo postmoderno. Con motivo de su participación en un seminario en el Centro de Arte Reina Sofía sobre *Pensar las artes. Un tiempo estético*, ha declarado a la prensa que si anteriormente se interesaba por los aspectos estéticos del pensamiento débil, actualmente presta mayor atención a los religiosos. Si los años 80 se distinguieron por la fragmentación de la sociedad en pequeños grupos que cultivaban la imagen, pero que carecían de trasfondo ético, los años 90 poseen características propias: no sólo hay un regreso a la vida privada, sino también un ascenso del sentir religioso. Sin embargo, Vattimo da explicaciones no trascendentes a este nuevo sentir:

«Los sistemas filosóficos dogmáticos se han disuelto. Ya no hay una idea filosófica fuerte que sitúe a la historia como horizonte de emancipación. De manera que se tiende a redescubrir el alma, el espíritu individual, que no coincide con la historia objetiva. Lógicamente, es inevitable que donde no existen grandes filosofías se busquen formas de vida individual que asignen un sentido a lo que pasa en la vida de cada uno».

Esta situación acerca el arte a los fenómenos religiosos:

*«Mientras que en el siglo XVIII el arte y la religión eran alternativos, hoy se hallan mucho más cerca. El arte como fenómeno autónomo especializado ya no existe. Está forzado a redescubrir valores espirituales y esto lo acerca a la religiosidad».*⁶

Otras declaraciones significativas sobre la importancia de la religión las proporciona la escritora inglesa Iris Murdoch:

⁶ *El Mundo*, 6-III-1992, sección *La esfera*, p. 8.

«Vivimos en un estado de crisis. Si uno piensa en el próximo siglo podría haber un colapso del poder de la racionalidad y del Bien para dirigirnos. Mucha gente, probablemente, no quiere que la religión sobreviva. Pero yo sí. Sería terrible si en Europa nos convirtiéramos en la parte del planeta más mecanicista, sin ternura o amor».

Y añade nuevas aclaraciones para responder a la pregunta sobre si se debe recurrir a Dios en esta situación histórica de crisis:

«Dios no existe ni puede existir. El Bien representa la realidad de la que Dios es el sueño. La gente conoce bien la diferencia entre el bien y el mal, pero el verdadero trabajo es ayudarlos a responder a este conocimiento. La religión y su idea de lo sagrado es vital. No tenemos cielo o Dios, pero tenemos la imagen de Cristo, la imagen suprema de la perfección humana y la trascendencia de esta verdad, de esta imagen exige que la religión sobreviva, incluso sin un Dios. Me preocupa la posibilidad de que en cincuenta años o un siglo la estructura entera de la Cristiandad haya desaparecido».⁷

Al final de esta breve presentación de la postmodernidad, la argumentación de I. Murdoch, tan paradójica para los creyentes, puede convertirse en estímulo para intentar un diálogo con la cultura y sus implicaciones religiosas. Lo cierto es que hoy a los creyentes se nos pide madurez para vivir un cristianismo adulto que nos libere de las falsas imágenes, y dependencias culturales del pasado, para dar testimonio de la fe, con sencillez y cercanía, a los hombres que se han instalado en el fragmento y desconfían de las certezas intransigentes y de las grandes palabras.

⁷ *Diario 16*, 11-XI-1992, p. 30.

Referencias:

- Arroyo Pomedá, J. (1991), "La efímera postmodernidad", *Razón y fe*, 223, pp. 404-418.
- Barcellona, P. (1992), *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Madrid: Trotta.
- Barco, J.L. del (1993), "Del ocaso de la modernidad a la sensibilidad postmoderna", *Pensamiento*, 49 (194), pp. 201-216.
- Castiñeira, A. (1992), *La experiencia de Dios en la postmodernidad*. Madrid: PPC.
- Lipovetsky, G. (1986), *La era del vacío*. Madrid: Anagrama.
- Lipovetsky, G. (1990), *El imperio de lo efímero*. Madrid: Anagrama.
- Liotard, J.F. (1984), *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Liotard, J.F. (1986), "Reescribir la Modernidad", *Revista de Occidente*, nº 66, pp. 23-33.
- Llano, A. (1988), *La nueva sensibilidad*. Madrid: Espasa-Universidad.
- Mardones, J.M. (1988), *Postmodernidad y cristianismo. El desafío del fragmento*. Santander: Sal Terrae.
- Mardones, J.M. (1991), *Postmodernidad y neoconservadurismo*. Estella: Verbo Divino.
- Muñoz, J. (1986), "Inventario provisional", *Revista de Occidente*, nº 66, pp. 5-22.
- Oñate, T. (1987), "Entrevista a J. F. Lyotard", *Meta*, vol. 1, núm. 2.
- Pinillos, J.L. (1994), "El impacto de la cultura postmoderna en las Ciencias Humanas", *Miscelánea Comillas*, vol.52, pp.179-196.
- Vattimo, G. (1987), *El fin de la modernidad*, Barcelona.